

za del saber y de la virtud en la intrincada ciencia, que espanta más que admira, y en la rudeza de la virtud que repele, más que atrae. ¿Decidme, mis amados hermanos, si es posible encontrar mayor sencillez en las palabras que encabezan el evangelio de este día y más sublimidad en los hechos que esas palabras expresan? «Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá, reinando Herodes, he aquí que unos Magos vinieron de Oriente a Jerusalén, preguntando, ¿dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque nosotros hemos visto en Oriente su estrella y venimos con el fin de adorarle.» ¿Podrá darse testimonio de fe divina más sencillo y más sublime a la par? Hombres dados al estudio de la naturaleza, los paganos, mediante ella les revela el Rey de la gloria que El ha nacido, que el Verbo se ha hecho carne. Pero no sabiendo éstos sabios de Oriente el lugar en donde habían de encontrar al que había nacido Rey, se deciden a buscarlo, y marchan hacia Jerusalén, capital del pueblo de Dios, y centro de todos los maestros y doctores de la explicación de la ley divina y de los profetas, y con la sencillez de niños que firmemente creen las palabras que su Padre Dios les revela, llegan hasta donde saben que pueden ser aleccionados por la legítima autoridad de los Pastores del Señor o, al llegar a Jerusalén y ver desaparecida la estrella que los guía, juzgando que aquel es el lugar en que ha nacido el Dios humanado, inquieran sencillamente el paradero del Niño Rey y lo hacen con una pregunta tan sublime en el concepto, como sencilla en la expresión; «¿En donde está el que ha nacido Rey de los Judíos?» Y si la pregunta es sublime y sencilla ¿decidme si lo es menos la razón en que se funda: «Hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle» La estrella de un Rey que merece ser adorado, han visto estos sabios brillar en el cielo; rara visión, extraña inteligencia, insólito suceso, prodigio revelador de la fuerza evangelizadora que Dios da a las criaturas que quiere y cuando quiere y donde quiere y como quiere.

Sublime sencillez que merece otra no menos sublime y sencilla respuesta dada por el profeta Miqueas, mediante los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo con estas palabras: «En Belén de Judá, así está escrito por el profeta: Y tú Belén, tierra de Judá nunca serás pequeña entre las principales ciudades de Judá; de ti ha de nacer el Rey que regirá a mi pueblo de Israel.»

Y, ahora, decidme ¿quién de vosotros no ve ya en Belén el lugar humilde, hermoso y gracioso en donde se pone el Capitán Jesucristo y, en la regocijada cuanto inesperada comitiva de los Magos y de sus acompañantes, los gérmenes o las primicias de la porción escogida, que busca al Mesías a costa de sacrificios, que han dejado su patria y la casa de sus mayores, y emprendido un viaje largo y penoso, y, llegado a patria ajena, y al Rey de ella le preguntan intrépidos donde está el que ha nacido Rey de aquellas tierras?

Por locos o engañados deberían ser tenidos tales hombres, si el suceso no demostrara que fueron verdaderas almas, formadas en el crisol de la Esposa de los Cantares, las cuales, ganosas de encontrar al Amado, salen en pos de El, y corren desaladas, en la noche obscura de la fe, abandonando «el ganado que antes seguían,» y olvidadas